

Enrique Huaco

Justo a punto de partir en otro viaje más, el viento me trajo estos versos de Enrique Huaco, que vive no sé dónde, que hace no sé qué cosas. Se ve de seguro que es peruano, por su cantito, por ese canto que viene de lejos.

Yo escribo de inmediato para presentarlo, para recibirlo aquí, en estas páginas blancas de Chile. Porque me pareció tan vivo, tan doliente. Me pareció el joven poeta que uno está esperando, sentado a la puerta, y aquí llegó. Llegó con esta cesta de cántaros que suenan a lluvia y huelen a tierra. Se notan en la argamasa los dedos finos y antiguos que conocen la arcilla. Son versos fragantes a tierra antigua, a tierra profunda.

A mí me gustó el poeta porque hay tristeza, transparencia y pureza en este canto que se desgrana o deshoja en las manos, que se oye, extático y abierto, entre los sonidos del ramaje, como un canto de pájaro puro que allí se quedó parado, cristalino, en la rama.

Porque cuando todos revuelven la nube él parece puro cielo, cuando todos se visten de colores franceses él se muestra desnudo como si fuera andando por la orilla de un río.

Y tales requisitos estrellados son esenciales en el nacimiento de la poesía. Porque nuestra poesía se pone a agonizar de repente, grita pidiendo socorro. Me asfixian, dice, me empapelan! Salvadme! Me están eliotizando! Me sainjohnpersean! Me rectangulan, me planchan!

Por eso, atención a esta poesía que nace impregnada en nuestras esencias y que sostiene su misteriosa y clara gravedad sin apuro, segura de sobrevivir.

PABLO NERUDA